

Análisis/ ‘Tríptico de la infamia’

Diciembre 13 de 2015 - 2:07 pm

in Share

f Compartir

Twitter

Enviar

0 Comentarios

Iniciar sesión



Pablo Montoya Campuzano, el escritor y profesor colombiano, ganador del Premio Rómulo Gallegos por su obra ‘Tríptico de la infamia’.

Foto: Archivo Portafolio

“Vengo de un país llamado Colombia, que es como decir vengo del fuego y el oprobio, del resentimiento y la rabia (...), formo parte de una generación de colombianos que ha atravesado un campo minado en el que la vida no ha tenido valor. Y si ha tenido alguno, este ha sido rebajada niveles vergonzosos. La violencia ha caído sobre nosotros como un animal hambriento”.

La noticia cultural del año fue la obtención del Premio Rómulo Gallegos por el escritor y profesor colombiano Pablo Montoya Campuzano, por su obra ‘Tríptico de

la infamia’.

Montoya nació en Barrancabermeja, estudió música en Tunja, Filosofía y Letras en Bogotá, obtuvo una maestría en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos, en París, tradujo autores franceses y africanos, y ha escrito ensayos sobre música, literatura y pintura, publicados en diversos medios de Europa y América. Actualmente, se desempeña como profesor en la Universidad de Antioquia.

La continuidad en las tribulaciones que nos visitan es lo que ha tratado de recrear en su libro, tomando como ejes la vida de tres artistas del siglo XVI que padecieron los acosos de las pugnas religiosas europeas y las jornadas bélicas de la conquista americana. Y se ha ocupado de artistas casi desconocidos, pues cree que “como una antorcha, que está siempre a punto de apagarse, el arte es una de las maneras que existen para dignificar al hombre en su capacidad de resistencia, y la más paradigmática para mostrar su deterioro”.

El texto lleva al lector al horizonte renacentista y extremista del siglo XVI, un época vandálica como pocas, en la que los hombres se enfrascaron en guerras fieras por problemas teológicos, y no lograron superar su ambición de riqueza.

En ese siglo, América, más que Europa, sufrió hasta límites inconcebibles.

Los indígenas padecieron el genocidio más implacable de todos los que el hombre dominador ha infligido sobre el hombre dominado; y luego vino el destino de la población negra que arribó a este continente. Los mares se tiñeron de sangre por un comercio espurio que unió a Europa con África y América.

Montoya narra la vida y luchas de tres artistas francófonos, perseguidos en su momento: Dubois, pintor francés, vivió en Florida mezclado con indígenas, descubrió el arte simbólico amerindio proyectado en dibujos naturalistas, y regresó a Europa; Lemoine Intur, suizo, quien pintó la noche de San Bartolomé, en Lausana, y Theodore de Bry, quien desarrolló grabados sobre la conquista de América y reivindica la obra de Fray Bartolomé de las Casas. En su texto, Las Casas llegó a afirmar que “en algunos asuntos fundamentales de la coexistencia humana, los nativos americanos eran superiores a los europeos” (Tríptico, pág. 242).

La conclusión de Montoya es que la conquista de América fue un trauma, debido a la violencia suscitada por el encuentro de dos pueblos que no debieron confluir, y retoma la denuncia de Benzoni acerca del “contubernio de conquistadores con misioneros” (pág. 261).

Para ello, vuelve sobre el debate entre Ginés de Sepúlveda (remunerado por encomenderos), para quien las guerras desiguales eran justas, la tesis de Francisco Vitoria, de que “España tenía títulos legítimos para conquistar América”, y frente a ellos la proclamación de Las Casas, de que los nativos tenían alma y así debían ser tratados. (pág. 281).

El libro tiene denuncias encendidas, como la rebelión de Anacaona, tras la cual hubo acuerdo y cuando fueron a celebrarlo los españoles la asesinaron (pág. 281), o la decisión de los indios de no vivir sometidos, y para ello declararon la huelga de procreación y la pregunta del indígena Hatuey al monje que lo motivaba a la docilidad para ir al cielo. El indígena pregunta si a ese cielo van los españoles, y ante la respuesta afirmativa del clérigo, responde que “prefiere, entonces, ir a los infiernos” (pág. 285).

De modo que los conquistadores llegaban llenos de piojos y esperaban llegar a España llenos de oro y plata, las Leyes de Indias existían y se “acataban, pero no se cumplían”, (pág. 295), y aunque Atahualpa cumplió el pedido de Pizarro de entregarle un cuarto lleno de oro y dos de plata, igual lo asesinó, lo mismo que fue torturado el cacique Bogotá, colgado con los brazos atrás.

En la ceremonia de entrega del premio, Montoya proclamó: “vengo de un país llamado Colombia, que es como decir vengo del fuego y el oprobio, del resentimiento y la rabia (...), formo parte de una generación de colombianos que ha atravesado un campo minado en el que la vida no ha tenido valor. Y si ha tenido alguno, este ha sido rebajado a niveles vergonzosos. La violencia ha caído sobre nosotros como un animal hambriento. Nuestros padres fueron asesinados, nuestros abuelos despreciados y nuestros bisabuelos una vez más humillados y exterminados”.

Por ello, concluye, “nuestra raíz fundacional, en tanto que americanos, está ensangrentada y enlazada al crimen. Crimen que se ha nutrido desde antaño de una arrasadora ambición espiritual y material. Por un lado, el control religioso de las almas y, por el otro, el control de las riquezas de la tierra”.

Después de la demoleadora crítica a la violencia que hemos padecido, Montoya concluye con esperanza: “... la sociedad civil ha enfrentado esta coyuntura aniquiladora en medio de la impotencia, la indiferencia y la resistencia. Y es difícil entender cómo hemos tenido fuerzas para amar, para reír y asombrarnos ante la vida que surge desbordante e imparable. Porque es verdad que también vengo de un país en el que el abrazo y la fraternidad son una permanencia irrefutable”.

Beethoven Herrera Valencia

Profesor de las universidades Nacional y Externado.